

Promesas infantiles

Eduardo Mieres



Image not found.

Capítulo 1

Las promesas de la infancia son las más puras, las más serias y solemnes, son acaso las más importantes y son las únicas que, de un modo u otro, son imprescindibles de cumplir en la vida. Esto es lo que medité una vez que hube terminado de leer un pequeño libro que encontré entre las cosas de mi hermana mayor, quien había fallecido reciente y sorpresivamente en un viaje a Europa, lejos de nosotros, lejos de mí, desde hacía tanto tiempo.

Las circunstancias de su muerte nunca fueron claras, desde la distancia que instala un océano, una extrañeza de planeta, de mundos distintos; pero más aún desde la distancia de un lazo hace mucho tiempo dejado de cultivar, la noticia de su muerte no podía llegarme como el desgarró y honda pena que podría sentir por alguien que amara y con quien, a la vez, mantuviera una estrecha vinculación, no obstante aquello, sentí, cuando me comunicaron el hecho, que una tristeza teñida de una límpida nostalgia emergía en mi interior. Escenas infantiles, recuerdos, aromas, colores, sensaciones táctiles de juegos inventados, la simple, potente y siempre fresca alegría de estar vivo y despierto; todo esto que se iluminaba parecía en su conjunto la película de la vida de otra persona. La insistencia de un olvido que una muerte venía a remover.

Luego de la "expatriación" de sus restos y de sus funerales en nuestra ciudad, en la que mi hermana también vivía junto con su familia, todavía no lograba asimilar el hecho, una enorme cantidad de recuerdos comenzaron a hacerse presentes cada día en los momentos más inesperados, cotidiana y familiarmente se presentaban en mis gestos como destellos de otra vida que dudaba, por esta conjunción entre intimidad y lejanía, haber vivido.

Mi cuñado me había pedido, conociendo mi afición por las cosas antiguas y por un sentido y deleite de "archivero", que buscara, revisara y clasificara entre las pertenencias que mi hermana conservaba de su infancia y adolescencia lo que a mi juicio merecía ser conservado, regalado o simplemente eliminado. También me dijo que podía quedarme con lo que quisiera, que dejaba en mis manos el que le preguntara a él si lo que había elegido podía quedármelo o no.

Su petición no me sorprendió, a pesar de la distancia vincular que habíamos vivido los últimos años, distancia que en ningún caso fue motivada por un conflicto manifiesto o larvado, sólo quizás expresión del deseo de mi hermana de vivir su vida en paz y con amor, lejos de los recuerdos o de las personas que pudiera recordarle los años duros de su infancia. Además, en estas circunstancias cierta habitualidad instalada en el tiempo simplemente dejó de tener importancia, la muerte acaecida nos dejaba a todos de alguna manera desnudos, debíamos entonces, por un sentido humano básico de protección, ampararnos mutuamente. Acepté de buen grado su encargo pues algún significado debía tener para mí esta corriente de recuerdos que día a día inundaba más mi interior y mi vida. Pensé que revisando y conectándome con los objetos más personales de

ella, podría entenderla mejor, conocerla desde el punto de vista más íntimo, aunque ya sin su voz. Su voz, su risa, su terrible carácter, su insobornable independencia.

Todas sus cosas estaban en cajas de cartón, y había muchas de ellas en la bodega que estaba en el estacionamiento subterráneo del condominio donde vivía. Cabe decir que en relación al orden y cuidado por las cosas, si yo tenía una afición de archivero, mi hermana tenía un doctorado en administración, todas las cajas estaban rotuladas por contenido y año: cosas del jardín infantil como dibujos y trabajos manuales, del colegio, de la casa, familiares, íntimas y románticas, recortes de revistas de ídolos juveniles, casetes de música y VHS estaban en esta categoría, por ejemplo. Un poco desconcertado y divertido por esta situación, no entendía por qué mi cuñado me pidió que ordenara algo que ni yo mismo podría haber organizado mejor, a veces el destino nos pone justo donde debemos estar.

Sin más trabajo entonces que no desordenar lo que ya estaba ordenado, me dispuse a apreciar los objetos que mi hermana, por el amor y por la historia que había vivido con ellos, había decidido conservar. Muñecas, cartas, cintas de colores, botones eran algunas de esos objetos.

Descuidadamente me fijé, cuando tenía todas las cajas dispuestas frente a mí, en la que tenía más a mano, resultando ser la que contenía las cosas que había conservado de sus siete años, segundo básico. Entre el revoltijo de juguetes y una serie de revistas y libros, peines y dibujos en hojas de block y otras en papel roneo, cada uno con su fecha correspondiente de realización había un libro, con ilustraciones, de tapa dura y blanca, cuyo título estaba escrito en letra cursiva y azul, y que se llamaba "*Promesas infantiles*".

Intrigado por el título, comencé a hojearlo, viva y personalmente interesado pero también teniendo en mente a mi hermana, tratando de imaginar qué era lo que había vivido con ese libro, qué significado pudo haber tenido para ella. La obra era un cuento para niños. Relataba la historia de una nube madre y de su pequeño hijo, por supuesto también una nube, que vivían y viajaban por todo el continente sudamericano, de norte a sur y de este a oeste. El cuento ya comienza con esta estructura familiar, presentando a los protagonistas juntos y viajando lentamente por las alturas puras y prístinas de la atmósfera.

Era un relato bien complejo a su modo. Con esta nube madre y su hijo, que tenían la forma de aquellas nubes blanquísimas y con forma de algodón, de esas en las que se gusta ver la forma de un objeto u animal conocido cuando se tienen ganas de jugar, nubes que estaban profusamente dibujadas en el libro, apareciendo cada dos o tres páginas graficando ya sea las aventuras vividas, la relación entre madre e hijo o destacando el paisaje visitado, me vi viajando inicialmente junto a ellos por las alturas y misterios de Macchu Pichu, maravillándome con los Andes peruanos y sus enormes picos montañosos, tan altos que llegaban a penetrar a las nubes que se quedaban dormidas en su viaje, también habían otras que les gustaba conversar con tales montañas, en ese caso voluntariamente las rodeaban y así podían comunicarse íntimamente, el

macizo recibiendo el frescor de la humedad, y la nube a su vez conectándose con la memoria y el calor de la tierra, cada uno se transmitía noticias del mundo que de otro modo no podían haber sabido: la nube le contaba a la montaña sobre las pampas argentinas o la selva brasilera, mientras ésta última le transmitía comunicándole a la nube toda la vida que recorría sus venas y su superficie, le contaba de animales, de nidos de cóndores y de vegetación, de flores, árboles inmensos e insectos aún no descubiertos por el hombre; también le hablaba con voz grave del basalto y del cobre y del oro que había en su interior.

Al niño nube le encantaba, cuando les tocaba viajar por los Andes peruanos, encontrarse con los picos-niños, con las montañas hijas de las familias con las que ya tenían relación y se conocían. Siempre que ya se divisasen un poco a lo lejos, la nubecilla se impacientaba por volar raudamente a jugar con esas montañitas, para lo que miraba a su madre con urgencia, pidiéndole autorización para adelantarse solo. Cuando viajaban nunca se separaban mucho, siempre iban juntos hablando, riéndose y cantando para pasar el tiempo. Al niño nube le encantaba escuchar la voz y sonrisa de su mamá, y se preguntaba a veces, sobre todo por las mañanas cuando se sentía lleno y henchido de energías, si podrían viajar juntos a la luna algún día. Cuando la miraba así, la nube madre se reía para sus adentros, y en sus ojos húmedos y llenos de refugio, se dibujaba la ternura y seguridad de un sí, partiendo, entonces, la nube niño como una flecha a jugar con las montañas. Le encantaba meterse por cuanta hendidura encontrase, entrar por un lado y salir por otro, descubrir cuevas y sitios inexplorados. Todo esto le provocaba muchas cosquillas a sus amigas, las que no podían más que dejarse hacer, pero lejos de incomodarse les encantaba esa vida que el niño nube le infundía con su jugar, y reían como ríen las montañas, con mucha agitación de árboles para desconcierto de los pájaros, aumento de caudal de algunas cascadas y, cuando la risa era mucha, algunos desprendimientos de roca. Su madre al rato llegaba y se disponía a platicar con las otras nubes que estuvieran cerca, pues los Andes peruanos eran un punto de convergencia y reunión para muchos grupos y familias de nubes que viajaban por el continente, intercambiando noticias de parientes y amigos y de la fuerza de los vientos en algunos sectores del mismo, en los que todos sabían que había que andarse con mucho cuidado.

Así seguía el libro, y emocionado y encantado, me imaginaba el arrobó que pudo haber sentido mi hermana, a sus siete años, con su primer libro de cuento. El relato continuaba pormenorizando la estrecha relación que vivían madre e hijo, los protagonistas de la obra. Por supuesto, quien se robaba la mayor parte de las descripciones era la nube niño, no olvidemos que era una historia dirigida a un público infantil.

Además de hablar, reír y cantar con su madre, a la nube niño le encantaba volar por el espacio, aumentando la velocidad repentinamente, lo que sería equivalente en tierra con la acción de correr; pero en el cielo, este vuelo era mucho más libre y gozoso, le gustaba mucho sentir el aire que lo traspasaba mientras hacía piruetas en el espacio: se daba vueltas,

giraba hasta marearse, ascendía lentamente y se dejaba caer mediante la concentración de humedad en su interior dramáticamente a las cercanías de su madre, pues siempre quería que ésta lo viera cuando jugaba, o caía vertiginosamente hasta casi una altura, considerada peligrosa para una nube pues estaba el aire mucho más caliente, para rescatarse y salir ileso de ese riesgo ante el que él mismo se colocaba. Su madre, en esos instantes lo miraba, a veces, preocupada, pero la mayoría del tiempo estaba contenta de verlo jugar y crecer, de verlo hacerse fuerte jugando. La formación y nacimiento de las nubes, decía el libro, se llevaba a cabo en las estaciones de otoño y primavera, es decir, en las estaciones en las que el clima estaba inestable y cambiante. En esos meses, el clima con sus vientos revueltos era propicio para juntar a todos los tipos de nubes y, en especial, a las nubes mujeres con las nubes hombres. Éstas últimas correspondían a las nubes que estaban cargadas de agua, eran más densas, se movían más lentamente que las nubes mujeres y tenían colores más oscuros que ellas, que eran blancas, siempre venían del mar en grupos, aunque habían algunos que vivían en el continente, haciendo mucho ruido con sus risotadas y fanfarronería. No todos eran así, pero era lo habitual. El encuentro entre las nubes implicaba que ambas se juntaban por un período de tiempo, hasta que parte del agua de la nube hombre quedaba en el interior de la nube mujer y cada uno después seguía su camino. A los dos meses, del cuerpo de la madre se desprendía la nube bebé que comenzaba a vivir independientemente, alimentándose de la humedad de su madre y de la humedad ambiente. Era muy difícil que se mantuvieran juntos padre y madre por el diferente propósito de su naturaleza, pero tampoco era infrecuente encontrar familias completas con numerosos vástagos. El libro no ahondaba en los motivos de porqué en este caso particular sólo estaban madre e hijo. En todo caso, ambos estaban felices de recorrer juntos el hermoso continente, lleno del verde de las selvas, del azul de los lagos y del curso divertido y alocado de los ríos, compartiendo con las enormes montañas y sus nieves y glaciares, seres de la misma especie que ellos pero de diferente condición. La educación de las nubes era sencilla, debían aprender ante todo a reconocer su cuerpo para darse la forma que más le convenía a su naturaleza y que fuera adecuada a su estado interno del momento, pues así se comunicaban, cambiando su forma cada vez que querían expresar algo, hablar podían pero se ahorraban de hacerlo pues ocupaban su propia humedad al hablar, es decir, perdían parte de su propio ser, por lo que debían cuidarse en este sentido. La maestría en la comunicación mediante el cambio de sus formas les facilitaba mucho su interacción en todo caso. También debían recorrer siempre largas distancias sin quedarse mucho tiempo en un solo lugar, por lo que su aprendizaje más delicado consistía en reconocer los tipos y fuerzas de los vientos asociados a cada sector del cielo y del continente, ya que éstos tenían el poder de separar a las nubes, como también, en casos extremos, de hacer que éstas se diluyeran en nubecitas más chiquititas. Pero ningún miedo amenazaba el travieso y despreocupado vivir de la nube niño. Feliz de ir con su madre, conoció de cerca la selva amazónica y

numerosos ríos desconocidos por los seres humanos, la costa tropical del pacífico, el gran Río de la Plata, la Patagonia y la pampa de Argentina, los Andes colombianos y el Orinoco venezolano, Chiloé y el Estrecho de Magallanes, las lagunas altiplánicas de diferentes colores de Bolivia y las capitales de todos los países.

Qué libro más completo considerado que estaba dirigido a la infancia, pensaba para mis adentros, desde lo ilustrativo de presentarle a los niños la geografía natural y política de nuestro continente, pasando por el nacimiento de los bebés, además de describir y contar la relación entre una madre y su hijo, el cuento me parecía ya como una llave de acceso a una realidad desconocida pero al mismo tiempo familiar y amable. Podía adivinar el porqué mi hermana había conservado este libro y no otro entre sus cosas. Debía saber que la lucha de mi hermana por vivir no podía hacerse sino con el tipo de esperanzas que este libro le comunicaba, no podía ser de otro modo después de habernos quedado huérfanos, ella a los seis, yo a los cuatro, por un accidente carretero cuando nuestros padres viajaban en bus a despedirse por última vez, justamente, en sus funerales, de mi abuelo paterno. Debía comprender que ella necesitaba guardar todas sus cosas pues nadie las guardaba por y para ella; teniéndolas consigo, siempre podía en algún momento de agobio o de nostalgia, recurrir a esos objetos que la transportaban a un mejor lugar, a una realidad en la que podía sentir de nuevo el calor y la alegría que alguna vez sentimos. Sin saberlo ella también las estaba guardando para mí, pues, ahora, y sin saberlo yo hasta mucho tiempo después, sin el ejemplo de ella no podría estar contando esta historia. Después de lo sucedido, nos fuimos a vivir con unos tíos aunque ya la vida nunca nada volvió a ser igual, no obstante lo agradecidos que estuvimos siempre de su cuidado y protección. Mi hermana, con tan sólo dos años más que yo, siempre veló por mi bienestar, e incluso se dio el empuje necesario para ser muy aplicada en el colegio y asistir a la universidad.

Es verdad que no crecimos jugando mucho entre nosotros, nos costó mucho a ambos salir adelante, pero lo logramos finalmente. El cuento tenía un final un tanto dramático pensando que son niños los que lo leerán, aunque esta lectura de dramatismo es más bien un juicio del presente al pasado, pues antes era bien común que las historias dirigidas a la infancia expresaran situaciones humanas fuertes y difíciles, como en las telenovelas que veían los adultos por la tarde, antes de las noticias. Habiendo recorrido todo el continente varias veces, madre e hijo tenían ganas de conocer nuevos lugares y de hacerse de nuevos amigos. Siempre la curiosidad fue una característica que los distinguió a los dos, también el gusto por jugar y de alegrarse y asombrarse por todo lo que existe. El amor que la nube niño sentía por su mamá era a toda prueba, la quería muchísimo. Así fue como la nube mamá quiso sorprender a su muchacho, una noche en que ambos dormían en medio de la pampa argentina, ésta se despertó y se dirigió hacia el sur para explorar el sector de unas lagunas, que según le habían dicho eran verdaderos espejos de agua. Quería saber bien el camino para al día siguiente darle la sorpresa a su hijo, invitarlo a que éste se duplicara por el efecto del agua. Nunca más

volvió. Al otro día, el niño nube despertó rebosante de energía como siempre, pero se encontró solo, su mamá no estaba. Sin saber lo que sucedía anduvo buscándola y llamándola cerca de donde había pasado la noche, sin resultados positivos. No se alejaba mucho por la posibilidad de que pudiera volver sola. Le había preguntado a otras nubes que pasaban si la habían visto, pero la respuesta fue negativa, la nube niño había quedado solo.

Los niños nubes vivían con sus madres, en realidad, un breve período de tiempo, y una vez separados, nunca más se volvían a ver. Estaban juntos para que la nube niño aprendiera lo esencial de su educación para integrarse con su propia forma al país y cultura de Las Nubes, para así después poder ir por su cuenta. La situación, por tanto, era esperable, él lo sabía, pero la nube niño estaba desconcertado, confuso, triste, enojado. Quería despedirse, si no la iba a encontrar más, si una vez separados nunca más se volverían a ver, al menos le hubiera gustado despedirse, decirle cuánto la amaba, cuántas risas le debía, con cuántos buenos recuerdos se quedaba, quería decirle que nunca la olvidaría, pues en su alegría estaría ella también sonriendo junto con él. Al segundo día de estar en esta congoja el niño nube no se dio cuenta cuando otra nube, una nube mujer se acercó a él, viéndolo solo y todavía un tanto pequeño, pero ya no tanto, en realidad, ya le quedaba poco tiempo para la separación definitiva de su madre. La nube mujer escuchó el relato de la nube niño, de cómo amaba a su madre y de todas las aventuras que vivieron juntos, y se conmovió por él, por su amor, su inocencia y su repentina e inesperada soledad. Pero también sabía que lo tenía que pasar, tenía que pasar de un modo u otro. Una vez que lo hubo escuchado y que el niño nube se desahogara y estuviera atento a alguna respuesta, la nube mujer le habló de la manera más dulce que pudo y encontró, gastando su humedad, es decir, dándole de su ser, pues se había conmovido, lo siguiente, *Te he escuchado, y siento tu pena, la tristeza que tienes, tus deseos de despedirte de mamá, pero en realidad, escucho mucho más fuerte el amor, los buenos recuerdos, las travesuras y aventuras que has vivido plenamente con tu madre, eso nunca morirá. Recuerda lo siguiente, es verdad, es posible que ya no la veas más, que no podrás decirle cuánto la amas ni darle las gracias por el regalo que viviste a través de ella, pero en cambio, tienes la opción de transformar tu amor en una promesa, que el amor que sientes por tu madre se convierta en la promesa que ha de moldear todo tu futuro, que este amor que sientes, sin ella, se mantenga fresco y lozano para siempre y que se convierta en el sello de todo lo que hagas. Recuerda, hazte esa promesa a ti mismo, que tu amor sea tu promesa, cúmplela, y verás que esta tristeza que sientes ahora corresponde apenas a los primeros pasos de una vida de dicha y bienaventuranza.*

Terminé de leer el libro, aunque el clímax ya había pasado. Continuaba con un poco más de la historia de la nube niño, éste crecía y encontraba finalmente un lugar para su forma en conjunto con otras nubes. Estaba transportado como en un sueño, no sabía cuánto tiempo había pasado. De súbito comprendí y tuvo sentido el torrente de recuerdos que afloraron

desde que supe la noticia del fallecimiento de mi hermana. Mi hermana, quien había quedado sin sus padres y con un hermano menor a tan temprana edad, quien había tenido que batallar y creer en la vida, aun cuando la vida misma le había arrebatado tan pronto la hermosa promesa de una familia, había, por ese mismo amor, cumplido su promesa, su alma noble y generosa mantuvo el recuerdo fiel de lo que había recibido y vivido y lo hizo germinar en ella misma como algo propio, pues era de ella el valor de amar la vida, el amor a la vida que había aprendido de nuestros padres, y fue por ese amor, superior a nuestros mismos padres, lo que le hizo prometerse y hacerse con un futuro como una promesa que se cumple. Mi hermana, sin pretenderlo, pues yo no sabía de la existencia de este relato, también me mostró esto a mí con su ejemplo, y, después de tantos años de distanciamiento he encontrado de nuevo, entre sus cosas, el amparo que ella me brindó en la infancia, por su amor que convirtió en promesa, y que cumplió. Luego de esto, cerré la bodega y declaré terminada mi revisión de sus cosas por esa jornada. Por supuesto, me quedé con el libro.